

LA AURORA

Año I

San José de Costa Rica, A. C., jueves 8 de diciembre de 1904

Nº 21

SUMARIO

Caminos	R. B. M.
Comisión de reformas sociales	Z.
Aurora	A. T.
Salud	J. O.
Polémica?	Ll. B.
Sueño de Venus	R. P.
Retóricos	R. B. M.
Información	
Cables	

GERENTE: ROBERTO BRENES MESÉN

Caminos

Va á comenzar ó habrá comenzado ya la composición anual de los caminos. La antigua rutina convertida en ley.

De los taludes se arrebató una porción de tierra que se lanza á la mitad del camino. Son gruesos terrones caídos en los huecos de los baches que los transeúntes: peatones, caballos, bueyes, carretas, todos machacan: polvaredas inmensas en los hermosos meses del verano; barriales en los de invierno y como consecuencia alza de los fletes, carestía de los artículos de primera necesidad.

Llega el otro verano: tierra de los taludes para cerrar los baches, luego polvo, luego lodo; esto se llama componer caminos.

Las pobres gentes pagan sus detalles ó van á las cárceles y del dinero recogido la mitad perdida, cuando no el todo. A veces los detalles sirven para pagar inspectores de caminos que no se tienen.

R. BRENES MESÉN.

Comisión de reformas sociales

Don Francisco Lloret Bellido, uno de nuestros más asiduos compañeros en *La Aurora*, ha lanzado la idea del establecimiento de una comisión de reformas sociales en el país. ¡Anhelos estupendo! El progreso de esta hora exige ya una renovación completa de las viejas instituciones del pasado, que no son al presente sino extrañas reliquias de las cuales apenas si llegará á tener vaga noticia el porvenir.

No es posible que permanezcamos estacionados cuando los pueblos todos de la tierra van en marcha presurosa por el camino de las nuevas ideas, dejando atrás, muy atrás, las cosas de otros tiempos. Es preciso batallar á toda hora armados de una perseverancia inquebrantable, en bien de los hombres que se levantarán mañana en el punto en que nuestra existencia haya concluido, para recoger el lote que les deje nuestro esfuerzo y llevarlo hacia otros horizontes lejanos más luminosos que estos nuestros.

Estamos, pues, de acuerdo con el señor Lloret Bellido en su idea funda-

mental, aun cuando nos separemos de él á gran distancia en cuanto á los medios que le parecen más oportunos y eficaces para el logro de una cumplida ejecución de su proyecto.

Los que llevamos en el alma un nido de sentimientos libertarios, ansiamos á todo trance ir disputando á los gobiernos el hoy extenso campo de sus atribuciones. Para ello tocamos activamente á las puertas de todas esas iniciativas que yacen embriagadas en el blando sueño de su dulce apatía. Unas nos responden, perezosas aún, pero ya en pie; otras dormirán todavía por algún rato mientras el ruido de la gran colmena emancipada, no llegue á romper las indecisas visiones de su ensueño. Y hemos de triunfar al fin de la partida, y la autonomía ha de surgir alguna vez en nuestro suelo, rotas ya las ligaduras que la oprimen.

Por qué, pues, pensar en el auxilio del Estado cuando se trata precisamente de renovar instituciones imposibles que le sirven de apoyo?

Hagamos la obra por nuestra cuenta, todos los que de su bondad estamos convencidos. Fundemos esa comisión de reformas sociales que no es otra que la resultante de esos centros de cultura popular que estamos empujados en regar por todo el país. Estudiemos las cuestiones sociales que ante nuestra observación vayan saltando como las gotas fosforescentes del agua del mar en noche oscura; elaboremos proyectos que resuman nuestras laboriosas conclusiones; reunámonos al fin los hombres bien intencionados del país, para sufragar los gastos que tales trabajos demanden; y no pensemos ya más en los gobiernos cuya influencia en esta clase de asuntos, enerva y desordena.

Bien se comprende que nuestro compañero Lloret Bellido piensa todo esto, pero desconfía profundamente — y con razón — de la particular iniciativa de los costarricenses, y en su deseo de ver cuanto antes en práctica su laudable proyecto, ha pensado que el Congreso podría muy bien proceder al nombramiento de esa comisión y asignar en el Presupuesto una partida para los gastos necesarios. No pensó él lo que ahora pensamos con tristeza. De tal manera viciada está esa organización del Estado, que ya es impotente para engendrar cosa alguna que no vaya contaminada de sus grandes vicios. Si el Congreso hiciera la gestión que nuestro compañero desea, vería él con amargura que esa comisión de sus anhelos se formaría, no de los jóvenes más estudiosos, independientes y viriles, sino de los mismos hombres incondicionales cuya improvisada competencia ha sido consagrada por una actualidad política cualquiera. Y en estas condiciones, toda labor sería dañosa á las ideas que inspiraron la fundación de la mencionada comisión.

Dejemos ya al Estado embrollarse cada vez más en el laberinto de su política. No le sigamos más porque tras él ninguna reforma concienzuda habremos de obtener. Dejémosle enredarse en la inmensa red de sus leyes, mientras nosotros preparamos lenta-

mente al pueblo para la gran apoteosis de la libertad que ha de conmovér al viejo león prisionero entre sus propias mallas.

Sólo un decreto se hace necesario en estos tiempos; el que ha dictado la razón y ejecutará tarde ó temprano el espíritu público: el que haga la derogatoria de los mandamientos todos sobre los cuales tienen su pedestal las potestades opresoras. Comencemos, pues, á cumplirlo, no contribuyendo, por ningún motivo, á la creación de nuevas ruedas para esa maquinaria de fuerza, amenazada ya de destrucción por la soberanía del Pensamiento.

Aurora

Aurora, cuando niña, es la hoja que aventada por el vendaval se estrella contra la puerta de la fábrica, contra la puerta del abismo: tragadero de la inocencia y de la energía.

Aurora es el manjar predilecto de los dioses del dinero, es la mujer vendida por la necesidad, la mujer encarnando las miserias. Es la víctima del amo, del explotador que cambia el agua en fango, el ángel en ramera. Las fábricas son los santuarios donde se sacrifican el cuerpo y el alma; terrible oficiador es el dueño.

Aurora en la fábrica es la inocencia conducida al precipicio por la miseria. Los padres de Aurora son sus víctimas mayores. Su cuerpo se enfrenta al trabajo, su alma sucumbe ante la maldad. Aurora perdida, es la mujer pisoteada por la humanidad. Manuel salvándola es el sol de la ciencia evaporando el agua para convertirla en frescas gotas de rocío. En las noches frías el rocío se solidifica: la gota se convierte en perla, en amor la mujer.

Al caer sobre el hombre los rayos de la ciencia, funden y cristalizan su alma, diamante luminoso, estrella de primera magnitud, esparcedora de luz á cuyos reflejos huyen los buhos y los vampiros humanos, habitantes de la noche.

Manuel queda sólo, la oscuridad busca sus cavernas, nadie le comprende; sí, si le comprenden, le comprenden el engaño y el interés, ellos con una mano sobre los ojos han descubierto un filón que explotar, el jesuita y la mujer se disputan el dinero. — También ella le comprende, Aurora, la víctima del dinero, la humanidad doliente le comprende.

Matilde y su madre quieren pervertir la sencillez de la ciencia, enemiga del lujo, de la mentira, del engaño, hermana de la verdad. Crean que la ciencia, como la larsa, apaga sus pasos en la alfombra. Ofrecen á Manuel una ratonera lujosa para cazar el oro y la gloria. Ignoran que la verdadera gloria está desteñida por los ácidos; manchada por el sudor y ennegrecida por el trabajo. Lo ignoran, Manuel lo comprende y pide su laboratorio para arrancar á la ciencia una palabra, una sílaba más, en provecho de la humanidad.

Manuel el apóstata ama al trabajo, ama á la humanidad, ama á la justicia y pide su reinado, el reinado de la justi-

cia que está en la conciencia del hombre y no la que está escrita en los libros, que se vende y se compra.

Manuel, el amante del trabajo, el enamorado del deber, es el insostenible para la ignorancia. Blanco de la risa de la maldad, de la maldad que ansía amontonar dinero para asegurar el imperio del oscurantismo.

Tras de Manuel, el atrevido explorador, que con la verdad por guía se prepara á dar el asalto al porvenir, está la avaricia en traje de novia, pronta á arrancarle su herencia y su honor. La perfidia quiere empañar el cristal de la honra — qué difícil! El amor vela.

El amor en el corazón de Aurora es el amor en la mujer, es la prostitución convertida en ángel. El amor convirtió á Cristo en Dios. El amor vela y se enfrenta á la maldad, á la mentira que retrocede, se lamenta y ofrece su alimento, el dinero. Manuel se salva. Lo salva Aurora, víctima de la ignominia del mundo. Aurora levantándose de los pies de la humanidad, rasga el velo del engaño y salva á Manuel.

Aurora y Manuel son el alba de una nueva humanidad.

ARTURO TORRES.

Salud!

Á MIS COMPAÑEROS

Salud compañeros! Hemos concluido nuestras tareas en el Liceo, pero apenas vamos al principio de la jornada que cada cual debe hacer. Hasta ahora hemos marchado juntos, hoy nos toca separarnos para seguir en pequeños grupos ó solos por distintos caminos; sólo que al hacerlo os recuerdo que, no por que en el Liceo hayamos recibido gran parte de nuestras enseñanzas y de nuestros ideales, debemos tomar todo lo que en él hayamos visto.

Tuvimos algunos profesores que contribuyeron en gran parte á la formación de nuestro carácter, que quisieron hacernos activos, que nos dieron la enseñanza con su ejemplo y nos animaron con la palabra y la acción; pero, acordáos, entre aquellos que trataban de educarnos hubo más de uno que intentó falsear nuestro carácter y nuestros ideales, se nos mostró como hombre débil y cobarde, no predicó la mejor manera de vivir, el respeto á las mayorías, aunque estuvieran equivocadas, la inclinación ante los amos por que "somos esclavos, por que las teorías de libertad etc., son muy bonitas, pero en la práctica quien levanta la cabeza es aplastado, ¡hay que someterse!"

No olvidéis nunca que alguno de ellos cambió con las circunstancias, se doblegó ante el que tenía probabilidades de vencer, y lo aduló á la vez que despreciaba al que consideraba vencido; combatió y trató de rebajar y ahogar en los alumnos los sentimientos de libertad y de altivez, hostilizó á aquellos que se atrevieron á decir un día que no se someterían.